



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

Jesús y
Pedro

Jesús y
María

GUIÓN DE MITAD DE SEMANA

Jesús y
Poncio
Pilato

2018

Marzo

Sesión 1 – Jesús y Pedro

Bienvenidos a la experiencia de mitad de semana de marzo. Durante este mes, estamos en medio del tiempo de Pasión. La fidelidad de Dios es claramente evidente en la Pasión y muerte de Jesucristo.

En relación con nuestro lema de este año: «Fieles a Cristo», exploraremos las maneras en las que nuestra fidelidad a Cristo se puede ver en la forma en la que actuamos, servimos y vivimos. Este mes, observaremos interacciones que Jesús tuvo durante el tiempo de Pasión, que demuestran cómo podemos:

- actuar con humildad y amar como Cristo lo hizo,
- dedicarnos a Jesús, independientemente de si esto es aceptado por los que nos rodean y
- actuar decididamente con sabiduría divina y no con sabiduría humana.

La vida entera de Jesús demostró humildad, incluso comenzando con Su nacimiento en un establo. Podemos examinar Su interacción con los discípulos en la Última Cena –específicamente con Pedro– para ver cómo Jesús ejemplificó la humildad.

En Juan 13, leemos el relato de Jesús lavando los pies de los discípulos, la cual era una práctica común en esos días, ya que las personas se trasladaban a pie mayormente. Los siervos eran los encargados de esto ya que lavar los pies era una tarea sucia. Sin embargo, esta vez, por puro amor y humildad, Jesús se ofreció como Aquel que lavaría los pies de Sus discípulos. Este hecho fue un ejemplo de qué tanto Cristo estaba dispuesto a abajarse por Su amor a los demás y por Su dedicación a la voluntad de Su padre.

Al principio, la respuesta de Pedro a que Jesús lave sus pies parece ser de amor y humildad. Él declara que Jesús jamás le lavaré sus pies (Juan 13:8). Después de todo, ¿por qué querría Pedro que su Maestro asumiera una tarea tan degradante pensada para un siervo? Ciertamente, Jesucristo, el propio Hijo de Dios, ¡estaba sobre tales cosas! Pedro respondió de inmediato a las acciones de Jesús, sin tomarse el tiempo para entender Su intención. Cuando Jesús actúa en nuestras vidas –especialmente cuando la acción es fuera de lo común– debemos prestar atención y tratar de entender lo que nos está enseñando.

Pedro no entendió la razón detrás de la decisión de Jesús de lavar los pies de los discípulos, y, bajo el disfraz de la humildad, trató de detenerlo. ¿Alguna vez has notado que Dios interviene en tu vida de una manera que no puedes entender? Para ejercer verdadera humildad, debemos dejar a un lado cómo pensamos que deberían ser las cosas o cómo pensamos que Jesús debería actuar en nuestras vidas. A veces, en la ignorancia, incluso tratamos de evitar que Sus planes sucedan. En estos casos, debemos doblegar nuestro orgullo y suposiciones y, en cambio, permitir que la humildad tome su lugar. Esto significa colocar la voluntad de Dios antes que la nuestra, incluso si no entendemos Sus caminos. Y, también significa que estamos dispuestos a aprender en los momentos en los que Él nos quiera enseñar. La humildad genuina es esencial en nuestra relación con Dios.

Después de que Pedro trató de detener a Jesús de lavar sus pies, Jesús le dijo: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo» (Juan 13:8). Ahora vemos la razón detrás de la acción de Jesús, una razón que Pedro no había entendido al principio. Jesús estaba haciendo algo más que lavar la suciedad del camino; esta era una metáfora de lavar la suciedad del pecado, una limpieza que es necesaria para poder estar con Cristo. ¡Cómo cambió de parecer Pedro cuando entendió esta lección! Ahora estaba listo para aceptar el ofrecimiento de Jesús de lavar sus pies.

Aprendiendo del ejemplo de Pedro, podemos preguntarnos: «¿Acepto la voluntad y las enseñanzas de Dios antes de entender lo que significan, o sólo después?». Es una tendencia natural humana el buscar respuestas y entendimiento. Pero cuando tenemos fe en Dios, Aquel que tiene todas las respuestas, sólo debemos saber y confiar en que todo está en Sus manos. Abordar las enseñanzas de Dios con humildad nos permite aceptar más fácilmente la sabiduría que Él desea compartir con nosotros.

De Jesús, nuestro ejemplo en todas las cosas, aprendemos cómo ser un siervo. La humildad de Jesús y Su deseo de seguir la voluntad de Su Padre lo inspiró a ser un Siervo para los demás. Estuvo dispuesto a lavar los pies de Sus discípulos y, justo un día después, estuvo dispuesto a dar Su vida por la salvación de todas las almas. Hubo un costo por Su servir, con la forma de gran dolor y sufrimiento, sin embargo, Él cumplió lo necesario para cubrir las necesidades de todas las personas. Como siervos, tengamos cuidado de que nuestro

orgullo no nos impida cubrir las necesidades de los que nos rodean. En cambio, estemos dispuestos a servir en cualquier situación que Dios nos coloque.

Sesión 2 – Jesús y María

¡Bienvenidos nuevamente! Hemos estado explorando las interacciones y conversaciones del Señor con varias personas durante Su Pasión. Estas interacciones representan aspectos de Su fidelidad a nosotros e ilustran maneras en las que podemos demostrar nuestra fidelidad a Él.

Hoy, examinaremos la visita de Jesús a la casa de Simón, el leproso. Primero consideremos el contexto de esta visita. En los primeros versículos de Marcos 14, leemos que los enemigos de Jesús querían capturarlo y matarlo. Sin embargo, lo aplazaron porque era Pascua y no querían molestar al pueblo judío durante esta celebración. Como verdadero Dios, Jesús seguramente conocía sus intenciones. Pero Él no se escondió ni huyó. En cambio, Él continuó haciendo Su trabajo al visitar a los que estaban reunidos en la casa de Simón. Jesús vivió con la certeza de que todas las cosas están en manos de Su Padre y que Sus enemigos sólo serían capaces de actuar si, y cuando, el Padre lo permitiera.

En los versículos tres y cuatro, leemos sobre una mujer que ungió al Señor con perfume de nardo, en un frasco de alabastro. Este evento también se registra en Juan 12:4-8, donde la mujer es identificada como María, la hermana de Marta y Lázaro. El valor de este perfume, en un frasco de alabastro, era igual al salario de un año entero: posiblemente era la posesión más valiosa de María. Como seguidora de Jesús, es probable que María haya conocido Sus enseñanzas que hacían referencia a Su sacrificio. Sus acciones demostraron tres características especiales de la fidelidad a Cristo.

Primero, pensemos en la respuesta de Jesús a las acciones de María en el versículo 8 de Marcos 14: «Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura». María era consciente de lo que el Señor enfrentaría porque prestó gran atención a Su enseñanza. Luego, se le impulsó a convertir ese conocimiento en acción. Para mantener nuestra fidelidad a Cristo, es fundamental que estemos en sintonía con Sus enseñanzas, encontradas en la Biblia y en la palabra inspirada por el Espíritu en los Servicios Divinos. Nuestra iglesia proporciona recursos adicionales impresos y en línea, que pueden profundizar más nuestro entendimiento de los planes del Señor y Sus expectativas de nosotros. Tal como María tuvo que apropiarse de las enseñanzas de Jesús, nosotros también debemos buscar un entendimiento personal y cada vez más profundo de Él, y permitir que nuestros encuentros con Él nos motiven a la acción.

Segundo, dada la costosa naturaleza del perfume de nardo en un recipiente de alabastro, podemos asumir que las acciones de María no fueron espontáneas; planificación, preparación y sacrificio fueron necesarios. La interacción más profunda que podemos tener con el Señor, de manera constante, es participar de la comunión con Él. A menudo, nos encontramos rodeados por la cultura de la gratificación inmediata, donde muchas tareas se pueden hacer «en el momento», con muy poca o ninguna planificación o preparación. Pero si no nos preparamos bien, nuestra interacción con el Señor será superficial y carecerá de peso y significado. Participar dignamente de la Santa Cena va precedida del perdón, y recibir perdón requiere mucho más que escuchar la proclamación de la absolución. Se requiere una inversión intencional de tiempo, reflexión y sacrificio si queremos beneficiarnos del perdón que Dios ofrece, y así, estar preparados para participar de la comunión con Cristo.

- Debemos tomarnos el tiempo para pensar cómo hemos pecado y confesarlo con sinceridad en la oración.
- Necesitamos sacrificar nuestra justicia propia y buscar la reconciliación.
- Debemos arrepentirnos y comprometernos a renunciar a los deseos de nuestra vieja naturaleza.

Tal como María se preparó para su encuentro con Cristo, podemos obtener el beneficio máximo de nuestros encuentros con Él al invertir y prepararnos.

El tercer punto que consideraremos es que María no permitió que las opiniones de quienes la rodeaban influyeran en su servicio al Señor. ¿Alguna vez te ha sucedido, como ha sido mi experiencia demasiadas veces, que piensas en acercarte a alguien en necesidad o hacer algo en la congregación, sólo para cuestionarte a ti mismo? ¿Qué pensarán los demás? ¿Cómo reaccionará la persona? ¿Esto me pondrá en una mala posición o hará que me vea absurdo frente a los demás? En estos momentos, debemos reconocer que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones a través del don del Espíritu Santo. Cuando le damos espacio a este don, seremos impulsados a actuar. Hagamos uso de las oportunidades que el Espíritu nos muestra para demostrar nuestro amor por el Señor y por nuestro prójimo.

A través del ejemplo de María, vemos cómo hacer un mejor uso de nuestras interacciones con el Señor y así crecer en nuestra fidelidad a Él.

Sesión 3 – Jesús y Poncio Pilato

A medida que completamos nuestras sesiones de mitad de semana de marzo, preparémonos para la semana de Pasión (Semana Santa) al enfocarnos en la interacción entre Jesús y el gobernador romano, Poncio Pilato. ¿Qué podemos aprender de las limitadas respuestas de Jesús a las preguntas de Pilato? ¿Cómo respondemos cuando somos acusados falsamente? Al seguir el ejemplo de Jesús, podemos responder consistentemente en todo momento con sabiduría divina, en lugar de nuestra propia sabiduría humana.

Durante las horas que transcurrieron entre el arresto y la crucifixión de Jesús, Él soportó un juicio en varias etapas que lo llevó del consejo religioso judío a Su primera audiencia ante Poncio Pilato, a la corte de Herodes, y finalmente de nuevo a Pilato, donde recibió Su sentencia. Noten que el enjuiciamiento de Jesús inició en los tribunales judíos y luego fue entregado a los tribunales romanos. Los eventos tuvieron que desarrollarse así porque los judíos carecían de la autoridad para imponer la pena de muerte. Por lo tanto, después de que Jesús fue interrogado, juzgado y condenado por las autoridades judías, lo enviaron a Pilato para que lo sentenciara con la pena que ellos querían.

Los líderes judíos estaban indignados por la afirmación de Jesús de que Él era el Hijo de Dios (Lucas 22:70-71). Impulsados por estas emociones, llevaron a Jesús a Poncio Pilato y presentaron tres acusaciones contra Él que enmarcaron a Jesús como una amenaza para la autoridad romana. Acusaron a Jesús de perturbar la paz e incitar disturbios civiles, al decirles a las personas que no pagaran sus impuestos al César y al declararse a Sí mismo como el rey sobre Israel. Con estas acusaciones en mente, examinemos la interacción entre Jesús y Pilato, tal como se registra en el Evangelio de Juan.

Comenzando en Juan 18:33, la Biblia dice:

Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad? Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito.

Analicemos esta parte de su conversación. La primera pregunta de Pilato fue un intento para determinar si Jesús era realmente una amenaza para el dominio romano, lo que hubiera sido visto por los romanos como traición y condenable a muerte. Jesús no respondió con una proclamación de Su inocencia o con desafío. Simplemente respondió con una pregunta para ver si Pilato estaba preguntando si Él era rey en un sentido romano o en un sentido judío. Jesús explicó que Su reino no era de este mundo, señalando que Él era verdaderamente un rey, pero no una amenaza para Roma porque Su reino no vendría a través de una revolución mundana. Jesús entonces dirige la conversación al tema de la verdad: si Pilato quería conocer la verdad, entonces necesitaría

entender lo que Jesús estaba diciendo. Pilato pregunta: «¿Qué es la verdad?», pero no parece interesado en la respuesta, ya que deja a Jesús para informarles a los judíos que no encuentra una razón para condenarlo.

En esta primera conversación, Jesús no respondió como lo haríamos muchos de nosotros al ser falsamente acusados de una ofensa. Una acusación, por lo general, provoca una respuesta apasionada, pero Jesús responde con calma y con sabiduría divina. ¿Por qué? Tal vez porque Él podía ver el panorama completo y supo que estas acusaciones eran una parte de Su camino para cumplir la voluntad de Dios. ¿Podemos ver el cuadro más amplio cuando la injusticia o la angustia están presentes en nuestras vidas? ¿Reconocemos la oportunidad para cumplir la voluntad de Dios en estos momentos?

Después de esta conversación, Pilato envía a Jesús a Herodes, intentando evitar tener que tomar la decisión final. Él pudo hacer esto, porque Jesús era de Galilea y Herodes era el gobernante de esa región. Pero Jesús no dijo nada cuando Herodes lo interrogó. Entonces, después de que Herodes y sus hombres se burlaron de Él, Jesús fue enviado de nuevo a Pilato. Después de escuchar el grito de los judíos, «Crucifícale», Pilato habla una vez más con Jesús. Esta breve conversación se registra en Juan 19:8-11:

Quando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo. Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta. Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte? Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene.

Pilato estaba cada vez más temeroso de la afirmación continua de que Jesús era el Hijo de Dios, por lo que quería encontrar una manera de declararlo inocente. Al principio, Jesús guarda silencio, ejemplificando la increíble paz que uno tiene cuando confía completamente en la voluntad del Padre. En Su respuesta final a Pilato, Jesús reconoció que Pilato tenía el poder de quitarle Su vida, pero sólo porque Dios le concedió ese poder. «El que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene» hace referencia a Caifás, el sumo sacerdote, quien tenía la mayor responsabilidad de reconocer al Mesías y sin embargo, no lo hizo. Jesús no le replicó nada a Pilato, sino que vio toda la «verdad» de la situación, incluso a través de la injusticia a la que se enfrentaba personalmente.

Durante toda la terrible experiencia con los judíos y los líderes romanos, Jesús permaneció fiel a Su Padre y al propósito para el que había sido enviado. En momentos en los que muchos de nosotros replicaríamos con declaraciones de nuestra inocencia e injusticia en contra de nosotros, Jesús habló con calma o guardó silencio. Él mantuvo el cuadro completo frente a Él, confió en la sabiduría divina y cumplió la voluntad de Dios. Aprendamos del ejemplo de Jesús: Cuando te enfrentes a momentos de injusticia, cambia tus pensamientos a lo que sabes acerca de tu Padre Celestial, ¿Quién dice Él que eres tú? ¿Qué propósito te ha dado Él? ¿Qué promesas ha colocado Él en tu corazón? Entonces, responde con sabiduría divina; palabras, acciones o silencio que revelarán cómo tu vida está rendida a la voluntad de Dios.